



UNIVERSIDAD VERACRUZANA
*Dirección General de Desarrollo Académico
e Innovación Educativa*



El aprendizaje socioemocional del académico universitario

El placer de aprender en la enseñanza

Por: Dr. García Cuevas Pablo

El placer de aprender en la enseñanza

Introducción

La enseñanza implica la creación de conexiones entre el profesor, el alumno y el contenido para que se puedan tener experiencias educativas. La enseñanza poderosa atrae y deja una marca de aprendizaje. Para explorar este amor por aprender y su lugar en la enseñanza, primero es necesario evocar cómo se siente y se ve esta atracción. Representar esta experiencia transmite algunos aspectos de lo que trata la seducción por el aprendizaje. Al enseñar con amor por el aprendizaje, como maestros, intentamos atraer a los estudiantes para conectar con el tema en cuestión. Es el maestro quien nos invita, más allá de los límites de nosotros mismos, a otro territorio. Este ensayo es una invitación a unirse y participar en la herencia de la conversación humana, que surge de las profundidades del profesor, y se construye sobre su amor por el aprendizaje, expresando respeto, fe e insistencia en que los alumnos vean lo que éste encuentra tan preciado.

En el centro de una experiencia educativa hay una sensación de asombro y curiosidad, un encuentro marcado por la lucha y la frustración —y comprensiones que son preciosas y transformadoras—. El centro de la experiencia educativa es una relación compleja entre profesor, alumno y contenido. Para aquellos que anhelamos aprender y llegar a conocer, recordamos y renovamos esas experiencias de asombro y lucha. Quienes hemos sido tocados por maestros talentosos, reconocemos que hemos sido bendecidos. Éstos son los profesores que ayudaron a ponernos en contacto con la gracia de las grandes cosas y nos mostraron la belleza y la intriga del mundo a nuestro alrededor. Cuando estamos en contacto con esa gracia, nos sumergimos en la belleza, la lucha, la frustración, el asombro y la curiosidad que nos pueden llevar a experiencias que son preciosas y transformadoras.

En el centro de la experiencia educativa están los profesores, los estudiantes, y el contenido —y en éste, el plan de estudios es clave—. Si quitamos al maestro, el estudiante puede participar con el material; si quitamos al alumno, el profesor puede estar ocupado con el tema. Pero sin ambos sujetos, toda la relación se desvanece. La docencia, en su corazón, es la creación de conexiones entre el profesor, el alumno y el contenido, de modo que se puedan dar las experiencias educativas. El amor por el aprendizaje, la indagación y el llegar a conocer son ingredientes esenciales en la creación de esta red de interconexiones.

En este ensayo trato de descubrir un poco de lo que estas conexiones parecen; exploro su textura y sus sensaciones. Quiero vislumbrar las mentes y corazones, trabajando en este amor por el aprendizaje y la enseñanza. Si podemos imaginar algo de la textura y la sensación de este paisaje, apreciaremos y conoceremos mejor su complejidad.¹

Para algunos de nosotros, el amor por el aprendizaje puede estar vivo y presente con frecuencia; para otros, puede ser una parte activa, pero pasada por alto, de la textura de nuestras vidas o un elemento que alguna vez estuvo presente, pero que ahora falta. Durante mi experiencia como profesor, mi amor por aprender ha entrado y salido de mi vida. Cuando mi enseñanza fue más atractiva, me parece que este amor estaba presente con fuerza. Para explorar este amor por el aprendizaje, y su lugar en la enseñanza, primero quiero evocar un poco acerca de cómo se siente y se ve esta atracción y cómo se involucran nuestras mentes. Representando esta sensación, con suerte, transmitiré algo de lo que es esta seducción del aprendizaje. Existen fuertes paralelismos entre enamorarse y llegar a conocer, pues ambas experiencias nos hacen sentir intensamente vivos. Así como la atracción por la inmensa diversidad de la naturaleza humana. Gran parte del poder de esta seducción por el aprendizaje, es la sensación de ir más allá de nosotros mismos.

No puedo ofrecer un mapa detallado, pero sí informar algunos entendimientos iniciales. Al llegar a conocer, vamos más allá de nuestros límites, y lo hacemos para contactar y conectar con una alteridad que existe en el exterior. Al enseñar con amor a aprender, nosotros (como maestros) intentamos atraer a los estudiantes para que también sobrepasen sus límites y puedan conectarse con el tema en cuestión. Es una invitación a unirse y a participar en la herencia humana, la conversación que surge de las profundidades del docente y se construye en lo que el maestro encuentra atractivo en su amor por el aprendizaje.

¹ En la literatura educativa estamos comenzando a reconocer el papel más general de la emoción en el aprendizaje y la enseñanza y, más específicamente, el papel del amor (o *eros*) en la enseñanza y el aprendizaje. Existe una literatura creciente, pero todavía bastante pequeña y variada. Ver, por ejemplo, Boler, M. *Feeling Power* (Nueva York: Routledge, 1999); Burch, K. *Eros como el principio educativo de la democracia* (Nueva York: Peter Lang, 2000); Fried, R. *El apasionado profesor* (Boston: Beacon Press, 1995); Garrison, J. *Dewey y Eros* (Teachers College Press, 1997); Goleman, D. *Emotional intelligence* (Nueva York: Bantam Books, 1995); Goldstein, L. *Teaching with Love* (Nueva York: Peter Lang, 1997); Hargreaves, A. "La práctica emocional de enseñanza", *Enseñanza y formación de profesores*, (1998), 14: 8, 835-854; Huebner, Dwayne, Sam Intrator (ed.) *Historias del coraje de enseñar* (San Francisco: Bass, J. (2002); Kelly, U. *Schooling Desire* (Nueva York: Routledge, 1997); Noddings, N. *Caring* (Berkeley: University of California Press, 1984); y Palmer, P. *El coraje de enseñar* (San Francisco: Jossey Bass, 1998). Boler, Burch, Goldstein y Kelly junto con Jane Roland Martin, Michael Dale, Elaine O'Quinn, Rachae Kessler y Ann Diller contribuyeron con ensayos a una colección editada (Liston y Garrison) titulada *Enseñar, aprender y amar* (Nueva York, Routledge Falmer, 2003).

La segunda sección principal de este ensayo se centra en las cualidades de la invitación educativa. Dadas las duras lecciones de la enseñanza en las escuelas de hoy, no podemos amar y atraer a nuestros estudiantes de una manera ingenuamente expuesta. Parece bastante probable que la desesperación visite a un maestro que atrae a los estudiantes a aprender de una manera ingenua y vulnerable. Como maestros, es posible que necesitemos re-aprender a volver a amar a nuestras materias, para invitar a los estudiantes a indagar, con nosotros, en ellas, para hacerlo sin dañarnos a ambos. Necesitamos aprender a protegernos y exigir que nuestra sociedad respete estos amores, o al menos crear un lugar en donde éstos puedan existir. No podemos desengancharnos de nuestros apegos emocionales. Tenemos que aprender cómo amar y honrar, tanto a nosotros como a los estudiantes, a participar en la lucha de la enseñanza y de la escolarización de una manera que preserve nuestra emocionalidad y vidas docentes.

Amor de (y) aprender

Parece haber cierta semejanza entre la forma en que actúa el *eros* en la mente de un amante y en que el conocimiento actúa en la mente de un pensador... Me gustaría comprender por qué esas dos actividades, enamorarse y llegar a conocer, nos hacen sentir genuinamente vivos.

En *Eros the Bittersweet*, Anne Carson (1998) examina la dinámica del *eros*², y establece paralelismos con el aprendizaje y el “llegar a conocer”. Al aprender llegamos más allá de nosotros mismos para entrar en contacto con el mundo y conectarnos con la gracia de las grandes cosas. Es un ejercicio por comprender por qué amar y aprender nos hacen sentir tan vivos. Es esa necesidad de transmitir el amor de nuestra infancia por llegar a saber, recordar y transmitir esa seducción por el aprendizaje anidado en bibliotecas, estanques, arroyos, libros, camas, rocas y piedras. Es nuestro amor por el aprendizaje lo que nos conecta con el mundo, lo que involucra nuestras mentes y emociones, iluminando lo sensual y lo sagrado.

Mundos, libros y bibliotecas

Todos tenemos un libro preferido que nos transporta a nuevos y seductores mundos. Al recordarlos, uno puede casi oler el moño de sus páginas, sentir la textura de las portadas, escudriñar con el dedo cada uno de sus pasajes. Estos rasgos sensoriales parecen mejorar el atractivo intelectual y emocional de los libros.

Las bibliotecas abren mundos, que de otro modo, no serían fácilmente accesibles, y al hacerlo nos permiten todo tipo de placeres inimaginables, como la posibilidad de adentrarnos en lo natural, en paisajes humanos y antinaturales, y cuando los hurgamos, creamos redes de conexión con y dentro de ellos, deseando conocerlos más.

Al encontrar material nuevo, lo comparamos con lo que ya sabemos y comprendemos. Tratamos de encajarlo en nuestras formas actuales de entender al mundo y a nosotros mismos. Si queremos crecer, y si nos sentimos algo seguros, exploramos más a fondo estas brechas y conceptos erróneos. Pero si somos inseguros, y estamos a la defensiva, podemos intentar escondernos o ignorar el mal ajuste del nuevo material. Llegar a conocer implica, inevitablemente, una sensación de insuficiencia. Las actividades de conocer y desear, tienen en su centro el mismo deleite de alcanzar lo ignorado, y conllevan el mismo dolor, el de quedarse corto o ser deficiente. Mi perspectiva y la del libro no encajan del todo. ¿Es un problema conmigo o con el mundo? ¿Me atrevo a hablar y averiguarlo?

Por lo general, terminamos buscando a otros que se han encantado con los tesoros del libro. Nos complace saber que ellos también han disfrutado de sus placeres. Compartimos con nuestros compañeros lectores, algo de lo que habría compartido el autor con nosotros. Sin embargo, aunque la biblioteca está abierta y es gratuita para todos, el acceso a los mundos descritos en los libros, muchas veces no lo es. No todos vemos tan fácilmente las conexiones entre nuestro deleite y el dolor de los demás (y el propio). Los mundos encerrados en los libros están llenos de conexiones y es nuestra labor docente compartir esas alegrías con los demás, más allá de las limitantes físicas que podamos enfrentar.

Llegando a conocer otros mundos

Al llegar a conocer llegamos a otros mundos con fascinación, asombro y respeto. Tanto el *eros* como el amor por el aprendizaje se extienden y se retroalimentan entre sí. Al borde de nosotros mismos, o de nuestro conocimiento actual, la mente pensante se lanza hacia lo desconocido. Así como el pretendiente se encuentra al borde de su valor como persona y afirma un reclamo a través de los límites del otro. Tanto la mente, como el pretendiente, se acercan desde lo conocido a algo diferente, posiblemente, mejor.

Es un movimiento de nosotros mismos, hacia el otro, y luego de regreso. Es un movimiento que está motivado por el deseo de conocer al otro y el deleite de verlo en sus propios términos. A veces nos sentimos frustrados en nuestros intentos de comprender esta otredad, y a veces sentimos nuestra insuficiencia junto a ella.

² Es difícil capturar o definir sucintamente el uso que hace Carson del *eros* [*Eros the Bittersweet*. Princeton: Princeton University Press, 1986]]. Su trabajo, es una exploración y un intento de obtener una comprensión más clara del *eros*. La definición abreviada apropiada pero quizás potencialmente engañosa sería la siguiente: *eros* es el deseo paradójico que motiva y habita el anhelo romántico.

Cuando logramos captarlo, puede surgir una sensación de asombro. Con frecuencia, buscamos a otros con quienes viajar. Al llegar a un acuerdo con la alteridad, buscamos compañerismo. Miramos la última página del libro para ver quién más lo revisó más de una vez. Pensamos proyectando igualdad sobre la diferencia, juntando cosas en una relación o idea, manteniendo, al mismo tiempo, las distinciones entre ellas.

Una mente pensante no es devorada por lo que viene a saber. Extiende la mano para captar algo relacionado consigo misma y con su conocimiento actual, así como separada de ella y de tal conocimiento. En cualquier acto de pensar, la mente debe alcanzar, a través de este espacio, entre lo conocido y lo desconocido, vincularse con los otros, pero también manteniendo visible su diferencia. Es un espacio erótico, difícil de alcanzar, pues cuando la mente se acerca para saber, se abre el espacio del deseo y se produce una fricción necesaria.

Anhelamos empaparnos del conocimiento, pero sin ahogarnos. Cosas inadvertidas, y poco interesantes, se presentan ahora como algo innominado, pero cognoscible. Nos acercamos deseosos a lo desconocido. Nos acercamos a saber, anhelando llenar y reconstruir esas partes de nosotros mismos, que permanecen abiertas y modificables.

Entonces, ¿cuál es el atractivo de este amor? ¿Qué es lo que nos hace sentir tan genuinamente vivos y deseando compartir estos placeres enseñándolos a otros? Conocer nos involucra de una manera convincente, de forma casi imperiosa. Nos atrae el aprendizaje y los temas que nos interesan. Nos emociona la perspectiva de encontrar otra manera de ver el mundo, vislumbrar su belleza y reconstruirlo de una manera que aún no conocemos.

Hay una emoción que acompaña a este compromiso. Avanzar, a través de lo conocido hacia lo desconocido, plantea la posibilidad de descubrir algo nuevo sobre el mundo y posiblemente sobre nosotros mismos. Es maravilloso mirar, por primera vez, un erizo de mar, descubierto por una marea inusualmente baja. Es emocionante darse cuenta de que la disposición de las semillas de girasol en la vaina y la espiral en una caracola, siguen la misma secuencia matemática. Es estimulante mirar en las profundidades de una roca de obsidiana y ver allí reflejadas nuestras propias imágenes. También, es apasionante vernos en los demás y reconocer las fortalezas y características compartidas.

Y este amor por aprender es tentador. Al llegar a conocer, existe la posibilidad de perdernos en el empeño. ¿Quién no recuerda a aquel profesor que nos llevó a través de su experiencia viva a un mundo abstracto y nos mostró cómo podríamos formar parte en su creación? No sólo es la emoción del aprendizaje, sino que

también la sensación de asombro, una sensación de lo sagrado del mundo que nos rodea. Hay algo sagrado en las rocas, en las plantas, en las matemáticas y las interacciones humanas, nuestros profesores lo sintieron y lo sabían sin ninguna duda. Parte del atractivo del aprendizaje parece ser este reconocimiento, esta revelación de la especial alteridad de los mundos con respecto del nuestro. Para algunos, este sentido de reverencia por otros mundos, puede parecer reservado para los fenómenos naturales. Pero la gracia de las grandes cosas, aunque ciertamente se encuentra en abundancia en el mundo natural, también está presente en muchos otros reinos. Todo amante del aprendizaje ha abordado con reverencia y respeto su materia de estudio. Como profesores, conocemos el celo con que tratamos los detalles, el grado de importancia que le conferimos a cada uno de ellos, sin dejar de respetar la otredad de nuestros estudiantes.

Sin embargo, nuestro compromiso con el aprendizaje también invita a la frustración y a dudar de nosotros mismos. Llegar de lo conocido a lo desconocido, requiere que ejecutemos tareas por primera vez. Tenemos éxito en algunas de esas ocasiones, pero somos falibles. Tenemos que intentarlo una y otra vez. A veces, esta frustración puede resultar en duda sobre nuestras capacidades. ¿Es este obstáculo un problema mío o del material con el que estoy comprometido? ¿Ambas cosas? ¿Ninguno de los dos? Cuando seguimos este amor por el aprendizaje, cruzando la división entre lo conocido y lo desconocido, con frecuencia, dejamos una huella en el mundo, y por esas marcas llegamos a conocernos a nosotros mismos. El amor por el aprendizaje anuncia el éxito, el fracaso y otros resultados intermedios. El fracaso puede ser frustrante y, de ser repetido, puede llevar a la duda. Pero si el amor por aprender siempre prometiera el logro, dudo que tuviera tanto atractivo.

Parece ser una de las paradojas de nuestro amor por aprender, que cuando alcanzamos lo desconocido, urgando a través de la alteridad de este mundo, buscamos, también, compañerismo y comunidad. Quizás no queremos estar solos. O podría ser, simplemente, que queremos compartir los placeres del aprendizaje. Pero, impulsados como estamos a saltar a lo desconocido y explorar otros mundos, en algún momento regresamos a algo familiar. Buscamos compañerismo, anhelamos a otros que tienen o podrían compartir con nosotros la intriga e incursiones de este aprendizaje. Esto parece surgir de diversas formas. Como aprendices, es delicioso tener cerca a otros estudiantes hambrientos. Es la ausencia de una comunidad de discusión, la que da un golpe significativo a los maestros. Para soportar la actividad docente, necesitamos seguir aprendiendo. Sin compañerismo en nuestro amor por aprender, la enseñanza se siente bastante aislada y puede ser difícil de

mantener durante un período prolongado. Es por esto que muchos profesores anhelan algún tipo de conexión intelectual, así como sentirse acompañados.

Al buscar compañía, al pedir a otros que vengan y testifiquen estos mundos, veremos que la belleza sola no prevalece. Finalmente, aparecen las sombras. Y cuando éstas llegan, es necesario nombrarlas y, a veces, actuar para transformarlas. En ocasiones, nuestro amor por el aprendizaje se ve obstaculizado y limitado por aspectos internos y socioeconómicos. Nombrando esas obstrucciones, reconstruyendo esas historias, también podemos cambiar al mundo. No estamos solos en un salón de clases, somos una red de buscadores enamorados por el aprendizaje, y sería útil explorar la dinámica de este amor dentro de ese entorno.

Enseñar con amor por aprender

¿Cómo se ve y se siente enseñar con amor por aprender? Cuando hay amor por el aprendizaje, la enseñanza puede hacernos sentir espectacularmente vivos. Esto hace que el corazón se acelere y la mente vuele. Al enamorarnos del aprendizaje, viajamos más allá de nuestros límites, explorando algo desconocido, pero prometedor. Y al enseñar, estamos tratando de capacitar a otros para que, de igual manera, emprendan el viaje que sobrepase sus propias barreras, con la promesa de lograr alguna comprensión y una forma diferente de ver y estar en el mundo. Es una atracción intelectual, emocional y, en ocasiones, física, que queremos compartir, por lo que invitamos a nuestros estudiantes a que se sientan atraídos e intrigados por alguna “gran cosa”.

Es una invitación a comprometerse intelectual y emocionalmente, a recibir parte de la herencia y la conversación humana para educarse. Y esta invitación es absolutamente sincera y resonante, surgida de nuestras profundidades.

Cuando pedimos a los estudiantes que consideren el material que nos atrae, estamos exponiendo partes de nosotros mismos para que ellos las vean, haciéndonos vulnerables. Al compartir con los alumnos nuestro amor por el aprendizaje, les estamos mostrando quiénes somos.

También es una invitación a comprometerse con algo seductor, hermoso, maravilloso y poderoso que ha captado nuestra atención como profesores. No es una invitación vacía: es pedir a los demás que se acerquen a lo desconocido para ellos, pero conocido (al menos hasta cierto punto) y atractivo para nosotros. Y, finalmente, es una invitación que se basa en un acto de fe, respeto e insistencia en que los estudiantes verán y apreciarán lo que nosotros, como profesores, tenemos para ofrecer. Una invitación basada en este amor por el aprendizaje, asume que otros entrarán por la misma puerta y está ali-

mentada por la creencia de que el material es algo que otros pueden compartir y disfrutar. Por ello, quiero explorar más a fondo estas características de la enseñanza.

La invitación

Como académicos, recibimos invitaciones todo el tiempo, aunque no todas son educativas. Nos invitan a participar en comités universitarios, o a asistir a un desayuno, como representantes de la facultad. Generalmente, éstas tienen poco o ningún propósito educativo. Tampoco están inspiradas por un amor a aprender ni a participar en la herencia humana más amplia. Lo que hace que una invitación sea potencialmente educativa es que ofrezca la posibilidad de participar en la conversación humana y que el maestro, incitado por su amor por aprender, brinde la misma motivación a los estudiantes.

Antes de detallar estas áreas, son importantes algunas consideraciones preliminares: cuando hablo de enseñar con amor por el aprendizaje, siento que otros se visualizan, algo parecido a una actuación dramática magistral. La suposición es que son maestros superdotados, inusuales o extremadamente talentosos. Que sus personalidades prevalecen y, en el proceso, llevan a sus estudiantes con ellos. En estos escenarios, la invitación educativa adquiere dimensiones bastante amplias y representa logros de unos pocos. Pero tales expectativas malinterpretan la naturaleza del poder y de la fuerza de una invitación ofrecida con amor por aprender; semejantes expectativas colocan la enseñanza con amor por el aprendizaje dentro de indebidas e irracionales restricciones. Todo tipo de enseñanza puede guiarse por este amor, y las invitaciones pueden tomar innumerables y diferentes formas. En las aulas primarias, secundarias y universitarias, las invitaciones pueden tomar la forma de la historia de un maestro sobre una experiencia pasada, la lectura de una parte de un texto, el planteamiento de un problema desconcertante, un testimonio personal o una breve tarea experimental inicial. Una invitación puede ocurrir en un día o persistir durante todo el año. Pueden ser ruidosas o silenciosas, llamativas o sencillas. Lo que parece requerir, es simplemente una medida de autenticidad: la invitación debe ser real, transmitida por el profesor, y sentida por los estudiantes.

Una invitación a recibir la herencia humana

Cuando nuestros alumnos reproducen los procedimientos concernientes a su carrera, tienen la convicción de que se están volviendo parte del mundo adulto. Puede ser una transición aparentemente menor, sin embargo, es importante para heredar y participar en la comunicación humana. Cuando se les invita a aprender, es posible vislumbrar esta rica herencia y con eso, sentir la emoción de formar parte de ella. Estas invitaciones es-

tán, frecuentemente, incrustadas en las disciplinas intelectuales, las unidades organizacionales de lo que enseñamos en las escuelas. Pero nuestras disciplinas no son los únicos contenedores ni, en ocasiones, los factores más influyentes que afectan a nuestras conversaciones. Nuestras formas organizadas de indagar en el mundo son, a la vez, informadas y deformadas por las fuerzas culturales y sociales de las que son parte. Las investigaciones de comunidades de eruditos son, a veces, combustibles de los movimientos, direcciones y hallazgos de nuestras disciplinas intelectuales. Los eruditos preguntan y conversan. Pero todo esto ocurre dentro de un contexto más amplio que está entretelado integralmente a lo largo de estas conversaciones, entendiendo que sus complejidades son la tarea que la sociología del conocimiento se ha fijado para sí misma. Aprender es, en gran medida, participar, ser crítico y formar parte de esas conversaciones.

Muchas de estas conversaciones existen fuera de la academia. La cultura popular, es decir, todo tipo de artesanías (apicultura, oficios mecánicos, diseños de sitios web, esfuerzos domésticos), distintos entendimientos, los esfuerzos de crianza de los hijos, las causas rebeldes, todo eso contiene una historia de entendimientos e interacciones pasadas, y un sentido de dominio y logro. Esto es parte de la herencia. Y estas conversaciones, tanto dentro como fuera de la academia, no existen en un igualitario campo de juego.

Encontramos todo tipo de dinámicas culturales, de clase y de género, y son continuamente reforzadas y controvertidas para determinar qué conversaciones prevalecen, qué entendimientos llegan a qué individuos, y cuáles hebras están oscurecidas para algunos, pero no para otros. Esto ocurre, tanto dentro como fuera de las escuelas, ciertamente, muchos alumnos están más interesados en las conversaciones y herencias que existen al exterior de éstas. Parece ser responsabilidad del maestro (es decir, maestro de escuela pública democrática) iluminar lo compartido y distinto, lo común y reprimido, la corriente principal e incluso los entendimientos prohibidos. La clasificación entre estas diversas conversaciones, inevitablemente se producirá, y nuestras selecciones culturales delinearán lo que valoramos. Parece difícil concebir una educación defendible que, en algún momento del desarrollo de un individuo, no fomente una inspección crítica de nuestras propias creencias y valores compartidos y distintos.

Abrir nuestras mentes y corazones requiere que dejemos una herencia que es variada, multifacética y contada por múltiples voces. Con frecuencia, nuestra herencia de la educación pública es aquella que ofrece una impresión ya formada. No cuestiona o examina, no es multifacética ni multidimensional; es una impresión que deforma y no informa. Cuando los estudiantes son

continuamente alimentados con cuchara, cuando se les pide que acepten el material ante ellos sin comprometer sus mentes, esto parece deformar más que informar las invitaciones. No alcanzan más allá, ni invitan al amor de la gracia de las grandes cosas.

Enseñar con amor por aprender, invitar a otros a aprender tiene que ser más que simplemente ofrecer una visión recibida o delinear los hechos, habilidades y conceptos a dominar. Ciertamente, el ámbito del dominio es importante. Sin embargo, si no ofrecemos más, si no enseñamos con amor por aprender, si no examinamos los entendimientos compartidos y distintos de nuestra cultura, entonces nuestra invitación está destinada a ser bastante plana y aburrida. No puede prometer mucho más allá de las tareas asignadas o los supuestos beneficios pragmáticos. No se abrirán ni mente ni corazón.

Una invitación de las profundidades

La autenticidad de una invitación proviene de la fuente y, en el caso de la enseñanza, una fuente central en el amor del maestro. Si este amor por aprender es real, inevitablemente se transmite, golpea y surge de las profundidades del alma del maestro. Enamorarse (de un texto o relato) es siempre una maravillosa experiencia. Su asombro proviene de diversas fuentes. Cuando nosotros nos enamoramos de otro ser humano, nos encontramos confrontados y consolados por el significado del otro. Nos sorprende todo lo que esta persona nos conoce, por lo que nos vemos a nosotros mismos. Lo que percibimos, lo que se trae a la superficie, son algunas de nuestras características elementales.

Enseñando con un amor por el aprendizaje, los profesores permiten a los demás vislumbrar lo que aprecian, y muestran la profundidad de su amor para que otros la vean. Las profundidades agitadas por su amor, allanan un camino claro para los demás. A través de su duro trabajo, han aprendido lo que es luchar con el tema, y así entienden mejor las luchas de los demás. Y este esfuerzo extra no obstruye, sino que realza su aprecio y amor por la belleza que transmite su materia.

No toda la enseñanza es tan limpia y clara como quisiéramos. Algunas veces, ciertas profundidades que denotan un conflicto son iluminadas y terminan exponiendo a los alumnos a los fenómenos de un ser humano loco por vivir, aprender y luchar por comprender su lugar en nuestro mundo. Está la búsqueda compartida del profesor, que nos intriga y engancha, en donde se muestra como un compañero humano, caminando y hablando frente a toda una clase, exponiendo sus sombrías profundidades e invitándonos a vivir el misterio en su compañía.

La interacción entre las profundidades conmovedoras de un profesor, su amor por el aprendizaje y su ense-

ñanza, son tan complejas y complicadas como su parentesco con la gracia de las grandes cosas. Así pues, la vida de algunas personas se ve afectada por lo que les sucede directamente; pero para otras su destino está determinado por sus sentimientos y sus pensamientos. Como profesores, enviamos invitaciones desde la complejidad de nuestras profundidades, y de la interacción que tenemos con nosotros mismos y con los demás.

Una invitación a experimentar el encanto

Enseñar con este amor por aprender, invitar a otros a que vengan, es atraerlos a experimentar algo seductor. Ahora, quizás no todo el amor por aprender y enseñar está motivado por el atractivo de la belleza. Pero parece que muchos profesores, cuando enseñan con amor por aprender, están ofreciendo a otros algo potencialmente magnífico para la vista.

No es que enseñar con amor por el aprendizaje haga que encontremos en cada piedra descubierta o cada página, algo hermoso o exquisito. No es que ofrezcamos durante cada sesión de clase, cada período de cincuenta minutos, todos y cada uno de los días, algo hermoso para la vista. No podemos prometer gemas o pasajes maravillosos que contemplar. Lo que nos es posible prometer, es la clara posibilidad de que podamos situarnos más cerca de la gracia de las grandes cosas o crear aperturas para algunas otras verdaderamente preciosas. Nuestro trabajo, es formar las escaleras que les permitan a nuestros alumnos alcanzar la belleza del mundo, llevarlos por un camino que les permita abrirse a la belleza de la comprensión. Cuando enseñamos con un amor por el aprendizaje, invitamos a los estudiantes a acercarse a esas grandes cosas. Pararse al lado y contemplar algo hermoso, es estar en presencia de la gracia. Permitir que otros se posen frente a la belleza, es ayudarlos a tocar esa gracia; es ver que la enseñanza y la educación son capaces de crear aperturas hacia cosas extremadamente preciosas. Es una maravillosa invitación a recibir. Promete mucho deleite y asombro (y, a veces, dolor y angustia). Ofrece una invitación que vale la pena recibir.

La belleza, en estos días, puede parecer una quimera bastante superficial. Versiones mercantilizadas de la belleza, abundan y nos asaltan a diario: por ejemplo, en la televisión, en brillantes revistas, distribuidas en sitios web y a lo largo de la carretera. Versiones comerciales de la belleza intentan atraernos a intercambiar nuestros recursos por sus bienes. Y sus bienes, siempre se comprometen a acercarnos a nuestros deseos del corazón. Pero es un señuelo interminable, uno que opera como un engaño para el siguiente. Rara vez se gana la satisfacción y, si se alcanza, tiende a no llevarnos más lejos.

La belleza que ofrecen los logros de las artes y las ciencias, por educación, es diferente, pues es una relación entre el espectador y el objeto contemplado, como consecuencia natural de la adecuada interacción entre la mente y la realidad.

Hay ocasiones en las que nos sorprende inmediatamente la belleza de un encuentro con otra persona o experiencia. Sin embargo, también hay esos momentos en los que tal belleza se despliega y se desarrolla con el tiempo; en estos casos, la experiencia es la consecuencia de ver el mundo con mayor claridad. Es un proceso de buscar más atentamente lo que tenemos ante nosotros. Enseñar con amor por aprender, según parece, es un intento de lograr esa interacción adecuada entre el estudiante y el sujeto, estudiante y gran cosa, estudiante y cosas preciosas. Y cuando la interacción se logra, ofrece una experiencia que es sumamente especial. La belleza del aprendizaje nos permite experiencias sagradas, inéditas, y de afirmación de la vida. Encontrar la belleza es sufrir algo parecido a lo inmortal, más grande que uno mismo, de valor duradero. En la Grecia clásica, una experiencia de belleza estaba en consonancia con una experiencia o un regalo de los dioses. Hoy, la belleza tiende a ser comercializada o no enfatizada y, raras veces, se coloca junto a lo sagrado.³

Existe una conexión integral entre esta experiencia de la belleza y las experiencias ofrecidas en educación. La educación es, en parte, la disposición a revisar continuamente la propia ubicación para situarse en el camino de la belleza. Uno se somete a otras mentes (tal vez de los maestros) para aumentar la posibilidad de mirar en la dirección correcta. Una vez emitida, esperamos que cumpla su promesa.

La belleza no es el único atractivo de nuestro amor por el aprendizaje. Cuando enseñamos con amor por aprender, hay otras señales, otras atracciones que ofrecemos a los estudiantes. A veces, brindamos claridad a través de la niebla de la disonancia cognitiva y la confusión. Otras, tenemos la posibilidad de llegar a un acuerdo, y tal vez combatir la inhumanidad, la crueldad y la injusticia presentes y pasadas. Y todavía, otras veces, parece que el simple deleite personal y el placer nos llevan a las puertas del aula. Incluso, estos señuelos nos atraen a algo sagrado, algo sin precedentes y que afirman la vida. La enseñanza con un amor por el aprendizaje, promete la clara posibilidad de que permitiremos a otros encontrar algunas aberturas a esos preciosos entendimientos, a experiencias significativas. Una educación sin la promesa de algún atisbo de belleza, no vale la pena tenerla.

³ Iris Murdoch escribe, de manera reveladora, sobre las conexiones entre la belleza, lo sagrado y el bien. Véase Murdoch, I. *The Sovereignty of Good* (Nueva York: Schocken Books, 1973). Otro trabajo que intenta discernir las conexiones entre la belleza, las verdades y el bien es el de Wendy Farley. Véase Farley, W. *Eros for the Other* (University Park, PA: Pennsylvania State University Prensa, 1996).

Una invitación que expresa fe, insistencia y respeto

Al enseñar con amor por aprender, esperamos que nuestros estudiantes sean atraídos por el objeto de nuestro amor. Debemos tener fe en que ellos también verán el poder de nuestro sujeto. Parece inconcebible que, al enseñar con amor por el aprendizaje, se puede esperar cualquier cosa, menos un amor similar. Algunos estudiantes pueden, mientras que otros no, vislumbrar esas cosas preciosas. Cuando pasan meses sin indicios de cualquier cosa significativa, puede resultar en aburrimiento, apatía e indiferencia. En estos casos, son los estudiantes quienes ponen a prueba al maestro. Pero cuando la conexión se hace, está presente una energía vibrante y bastante especial. Por ello, es preciso seguir enseñando con amor por aprender, y confiar en la fe y la capacidad de los estudiantes de ser atraídos por la tentación de nuestros amores. Sin esta fe, es difícil imaginar cómo podemos invitarlos a unirse a nosotros.

La fe es necesaria en esta invitación, pero por sí sola es insuficiente. Necesitamos tener fe en que nuestros estudiantes verán las cosas preciosas y permanecerán en su gracia, pero la fe sola no hace el truco. Muchos docentes, se dedican a buscar formas de conectar al estudiante con la experiencia educativa, pero, a veces, se requiere una gran dosis de insistencia, para transmitirles el valor de lo que se les ofrece. En esta actividad se implica una especie de estereoscopia, ya que debemos ver, conocer y comprender el atractivo que el tema tiene para nosotros y, así mismo, conocer y comprender a nuestros estudiantes. Buscando estereoscópicamente, podemos ver las materias que amamos y también a nuestros alumnos, y, si nuestra visión está enfocada, tendremos más posibilidades de unirlos a ambos.

Dependiendo de los estudiantes, de la naturaleza de las grandes y preciosas cosas, podemos encontrarnos necesitando ser más o menos insistentes en su valor y más o menos persistentes en nuestra búsqueda de esa conexión.

Innumerables factores intervienen en lo que necesita ser enfatizado, subrayado o, simplemente, restarle importancia. Cuando nuestras necesidades materiales están frustradas o nuestras necesidades emocionales no se satisfacen, cuando no nos sentimos seguros o cómodos en nuestro entorno, entonces es difícil ver o sentir la intriga del material en cuestión. Y, a veces, los estudiantes están listos, pero las aberturas a estos mundos preciosos están cerradas. Las condiciones personales y sociales, afectan el grado en que nuestra fe es probada o apoyada, y la cantidad de esfuerzo que se necesita para insistir en el valor de nuestras cosas preciosas. Actuar con esta fe y persistir en nuestra insistencia, es un esfuerzo muy complicado. Sin embargo, si no insistimos en el valor de lo que enseñamos, si no tenemos fe en nuestros

estudiantes y si no persistimos en nuestro intento por hacer conexiones educativas, entonces nuestra invitación será superficial.

Nuestra invitación también tendrá un sonido superficial si no la respetamos, ni honramos la integridad de los estudiantes. Enseñar con amor por aprender o invitar a otros a formar parte de la conversación humana y ser atraídos por la gracia de las grandes cosas, engendra un tipo particular de respeto, uno que honra la integridad de los estudiantes y reconoce su complejidad. Honrar tal integridad es verlos más que como un producto entrenable, más que una mente andante. Es verlos como seres que anhelan encontrar el sentido de su vida, que hacen preguntas e indagan, que piensan y sienten. Es esperar que reaccionen honestamente, con pensamiento y sentimiento. Es creer que pueden contribuir a las ideas expuestas.

Fe y respeto por nuestros estudiantes, junto con una insistencia en que lo que tenemos para ofrecer, es algo muy especial, es una forma de asegurarse de que las puertas están abiertas para estas invitaciones. Enseñando con amor a aprender, tratando de inculcar en los demás el atractivo que experimentamos en nuestros dominios especiales, requiere las tres disposiciones hacia los estudiantes.

Ser atraído por el aprendizaje es encender un deseo que sobrepasa nuestras fronteras. Elaborar y solicitar tales experiencias, cuando el mundo pesa en nuestra contra, es delinear una posición precaria. Pero así parece que son las cosas y vale la pena intentarlo.